

Un impuesto obligatorio

El diezmo es un impuesto: la décima parte de una cosecha o de un salario o de cualquier riqueza, que se paga como tributo a una autoridad, que lo exige. Es una costumbre que estuvo vigente en muchas culturas del mundo antiguo.

En la Biblia, el libro del Deuteronomio (14,22-28) establece: *Cada año, sin falta, deberán ustedes apartar la décima parte de todo el grano que cosechen, la décima parte de trigo, de vino y de aceite, y de las primeras crías de sus vacas y ovejas... Cada tres años deberán ustedes apartar la décima parte de su cosecha del año, y almacenarla en su ciudad, para que cuando vengan los levitas, a quienes no les ha tocado tener su propia tierra, o los extranjeros que viven entre ustedes, o los huérfanos y las viudas, puedan comer hasta quedar satisfechos.*

El diezmo se estableció inicialmente en especie y para dar de comer a los sacerdotes del pueblo hebreo, pertenecientes a la tribu de Leví, quienes, a causa de las leyes de Moisés, no podían poseer tierras ni propiedades para dedicarse exclusivamente al culto a Dios. El diezmo se destinaba también a socorrer a los más pobres, identificados siempre en la Biblia con “los huérfanos y las viudas”, por el estado de desprotección en el que se encontraban estos dos sectores de la población.

Jesús no aconsejó pagar el diezmo

Jesús no aconsejó pagar el diezmo. Y fue acusado por los sacerdotes por no pagarlo. Sus críticas al Templo de Jerusalén y a la casta sacerdotal incluían, implícitamente, el rechazo a la dura carga del diezmo. Los “mercaderes” a los que Jesús volcó sus mesas cuando irrumpió con un látigo en el Templo de Jerusalén, se dedicaban, entre otras cosas a cambiar por la moneda propia del santuario las monedas griegas o romanas que traían los israelitas al Templo para pagar sus diezmos a los sacerdotes.

Todo israelita varón mayor de 20 años estaba obligado a pagar anualmente al Templo varios tributos: dos dracmas o dos denarios —equivalentes al jornal de dos días—, las primicias de sus cosechas o de los frutos de su trabajo, y el llamado “segundo diezmo”, que no se entregaba en el Templo, pero que estaba obligado a gastar en Jerusalén en comida, objetos u hospedaje.

Jesús cuestionó en muchas ocasiones y por muchos motivos a los fariseos, que hacían del cumplimiento de las leyes religiosas una obsesión fanática. También actuaban así con el pago del diezmo. En una ocasión, Jesús les echó en cara que pagaban el diezmo hasta por la menta, la ruda y el comino (Lucas 11, 42), pero descuidaban la justicia y el amor a sus semejantes.

Siguiendo a Jesús, las primeras comunidades cristianas eliminaron el pago de los diezmos y sostenían la comunidad compartiendo los bienes entre todos.

La iglesia se enriqueció con el diezmo

En la medida en que el cristianismo pasó a ser religión oficial del imperio romano, la ley bíblica del diezmo recuperó su lugar. Los obispos reunidos en los Concilios regionales de Tours y Maçon (años 567 y 585) revivieron la obligación del diezmo, que debía pagarse a obispos y párrocos. El emperador Carlomagno (siglo VIII) estableció el pago obligatorio del diezmo de las cosechas para sostener a los obispos e iglesias locales.

El diezmo jugó un importante papel en la acumulación de riquezas de la iglesia romana. En la Edad Media todos los propietarios de tierras estaban obligados a entregar una décima parte de su producción o de sus ingresos a la autoridad jerárquica de la iglesia local, bajo pena de excomunión o amenaza de condena en el infierno. En el tiempo de Gregorio VIII (siglo XII) se instituyó el “diezmo de Saladín”, que debían pagar todos los cristianos que no participaran en las Cruzadas contra los musulmanes.

En la América colonial se pagaba también el diezmo a las autoridades de las iglesias locales para el sostenimiento de párrocos y parroquias. Esta ley caducó con la Independencia.

Todavía se pagan diezmos

En varios países europeos de tradición cristiana, aunque de leyes laicas —España, Alemania, Italia— pervive un “equivalente” al diezmo: el “impuesto religioso” que se entrega al Estado al declarar los impuestos sobre la renta personal y que se dedica a financiar a la iglesia católica o a las iglesias protestantes. Desde hace unos años, y para evitar continuar financiando a la iglesia católica, ciudadanas y ciudadanos críticos con la actuación del clero español, promueven una campaña de apostasía. Se trata de renunciar por escrito y oficialmente con un documento formal a su pertenencia a la iglesia católica, lo que les libra de pagar ese impuesto.

Actualmente, como resultado del creciente fundamentalismo bíblico y de una lectura literal de la Biblia, algunas iglesias cristianas evangélicas, especialmente las pentecostales y neopentecostales, han revivido la práctica del diezmo, convirtiéndola en una condición de la verdadera fe. Como en una transacción comercial, a cambio del pago del diezmo, pastores y predicadores ofrecen a sus fieles ser bendecidos y “prosperados” por Dios.

El diezmo es un fraude

Gary Amirault es un pastor y predicador evangélico estadounidense, defensor del universalismo cristiano y fundador en Missouri de Tentmaker Ministries. Participa en el programa por ser autor de varios textos en los que demuestra el origen histórico del diezmo y la falta de fundamento evangélico para exigirlo. En uno de esos textos, “El diezmo está abolido” explica que *las sectas líderes en diezmar son las que los evangélicos llaman “cultos”: los Testigos de Jehová, los Mormones y la Iglesia de Dios. En cuarto lugar, las Asambleas de Dios.*

Amirault concluye en este extenso texto que *lo que enseñan hoy como “diezmo bíblico” no es nada más que una gran estafa, un completo fraude. Se refiere también a que el sistema estadounidense de iglesias, mediante sus millares de planes para reunir dinero, ha acumulado más de un trillón en acciones, bonos, fondos mutuos, programas de seguros, bienes raíces, etc. Los intereses que pagan por las hipotecas de sus edificios podrían alimentar literalmente a todos los pobres del mundo. Los medios engañosos que miles de pastores usan para levantar dinero, del que el diezmo moderno es uno de ellos, ha agotado nuestro país de recursos que podrían bendecir tremendamente al mundo. Pero la iglesia está asentada sobre el dinero.*